SAN AGUSTÍN: UN HOMBRE DE SU TIEMPO

**1- Su vida**

Agustín nació el 13 de noviembre de 354 en Tagaste, ciudad pequeña y libre de la Numidia preconsular que se había convertido recientemente del donatismo. Su familia no era rica aunque sí eminentemente respetable, y su padre, Patricio era un consejero municipal pagano; sin embargo, las admirables virtudes que hicieron de Mónica el ideal de madre cristiana consiguieron, a la larga, que su esposo recibiera la gracia del bautismo y una muerte santa, alrededor del año 371.

De su vida conocemos muchos datos por las «primeras confesiones» o Diálogos de Casiciaco; por las Confesiones, la más célebre de sus obras, que tienen un valor biográfico seguro, además de su valor teológico, filosófico, místico y literario; por las «últimas confesiones» o Retractationes, escritas al final de su vida (426-427), ricas en noticias documentales y teológicas, pero también autobiográficas. [[1]](#footnote-1)

Agustín recibió una educación cristiana. Su madre hizo que fuera señalado con la cruz e inscrito entre los catecúmenos. Una vez, estando muy enfermo pidió el bautismo pero pronto pasó todo peligro y difirió recibir el sacramento, cediendo así a una deplorable costumbre de la época. Su asociación con "hombres de oración" dejó profundamente grabadas en su alma tres grandes ideas: La Divina Providencia, la vida futura con terribles sanciones y, sobre todo, Cristo Salvador*. "Desde mi más tierna infancia llevaba dentro de lo más profundo de mi ser, mamado con la leche de mi madre, el nombre de mi Salvador, Vuestro Hijo; lo guardé en lo más recóndito de mi corazón; y aún cuando todo lo que ante mí se presentaba sin ese Divino Nombre, aunque fuese elegante, estuviera bien escrito e incluso repleto de verdades, no fue bastante para arrebatarme de Vos" (Confesiones, I, IV)*

Pero una enorme crisis moral e intelectual sofocó todos estos sentimientos cristianos durante cierto tiempo, siendo el corazón el primer punto de ataque. Patricio, orgulloso del éxito de su hijo en las escuelas de Tagaste y Madaura decidió enviarlo a Cartago a preparase para una carrera forense; mas, desgraciadamente, se necesitaban varios meses para reunir los medios precisos y Agustín tuvo que pasar en Tagaste el decimosexto año de su vida disfrutando de un ocio que resultó ser fatal para su virtud, pues se entregó al placer con toda la vehemencia de una naturaleza ardiente. Al principio rezaba, pero sin el sincero deseo de ser escuchado, y cuando llegó a Cartago a finales del año 370 todas las circunstancias tendían a apartarlo de su verdadero camino: las muchas seducciones de la gran ciudad, aún medio pagana, el libertinaje de otros estudiantes, los teatros, la embriaguez de su éxito literario y el orgulloso deseo de ser el primero en todo, incluso en el mal.

En 373, después de leer el "Hortensio" de Cicerón, de donde absorbió ese amor a la sabiduría que Cicerón elogia tan elocuentemente, se manifestó en su vida una inclinación totalmente nueva para él. A partir de entonces, Agustín consideró la retórica únicamente como una profesión; la filosofía le había ganado el corazón.

En el año 383, a la edad de veintinueve años, Agustín cedió a la irresistible atracción que Italia ejercía sobre él, pero -como su madre sospechara su partida y estaba determinada a no separarse de él- recurrió al subterfugio de embarcarse escabulléndose por la noche. Recién llegado a Roma cayó gravemente enfermo; al recuperarse abrió una escuela de retórica, pero repugnado por las argucias de los alumnos que le engañaban descaradamente con los honorarios de las clases, presentó una solicitud a una cátedra vacante en Milán, la obtuvo y Sínmaco, el prefecto, lo aceptó. Cuando visitó al obispo Ambrosio se sintió tan cautivado por la amabilidad del santo que comenzó a asistir con regularidad a sus discursos. Sin embargo, antes de abrazar la Fe, Agustín sufrió una lucha de tres años en los que su mente atravesó varias fases distintas. Finalmente, la lectura de las Sagradas Escrituras le iluminaron la mente y pronto le invadió la certeza de que Jesucristo es el único camino de la verdad y de la salvación.

Lo que Agustín perseguía con el bautismo cristiano era la gracia Divina. En el año 387, hacia principios de cuaresma, fue a Milán y, con Adeodato y Alipio, ocupó su lugar entre los competentes y Ambrosio lo bautizó el día de Pascua Florida o, al menos, durante el tiempo Pascual .

En el otoño de 387 estaba a punto de embarcarse en Ostia cuando Mónica fue llamada de esta vida.. Agustín permaneció en Roma varios meses, principalmente ocupándose de refutar el maniqueísmo.

Después de la muerte del tirano Máximo (agosto 388) navegó a África, y al cabo de una corta estancia en Cartago regresó a Tagaste, su tierra natal. Al llegar allí, inmediatamente deseó poner en práctica su idea de una vida perfecta comenzando por vender todos sus bienes y regalar a los pobres el producto de estas ventas. A continuación, él y sus amigos se retiraron a sus tierras, que ya no le pertenecían, para llevar una vida en común de pobreza, oración, y estudio de las cartas sagradas.

Agustín no pensó en entrar en el sacerdocio y, por temor al episcopado, incluso huyó de las ciudades donde obligatoriamente tenía que elegir. Un día en Hipona, donde lo había llamado un amigo cuya salvación del alma estaba en peligro, estaba rezando en una iglesia cuando de repente la gente se agrupó a su alrededor aclamándole y rogando al obispo, Valerio, que lo elevara al sacerdocio. A pesar de sus lágrimas, Agustín se vio obligado a ceder a las súplicas y fue ordenado en 391. El nuevo sacerdote consideró esta reciente ordenación un motivo más para volver a su vida religiosa en Tagaste, lo que Valerio aprobó tan categóricamente que puso cierta propiedad de la iglesia a disposición de Agustín, permitiendo así que estableciera un monasterio en el mismo momento que lo había fundado.

Valerio, obispo de Hipona, debilitado por la vejez, obtuvo la autorización de Aurelio, primado de África, para asociar a Agustín con él, como coadjutor. Agustín se hubo de resignar a que Megalio, primado de Numidia, lo consagrara. Tenía entonces cuarenta y dos años y ocuparía la sede de Hipona durante treinta y cuatro. El nuevo obispo supo combinar bien el ejercicio de sus deberes pastorales con las austeridades de la vida religiosa y, aunque abandonó su convento, transformó su residencia episcopal en monasterio, donde vivió una vida en comunidad con sus clérigos, que se comprometieron a observar la pobreza religiosa. Lo que así fundó, ¿fue una orden de clérigos corrientes o de monjes? Esta pregunta ha surgido con frecuencia, pero creemos que Agustín no se paró mucho a considerar estas distinciones.

**2- Su pensamiento**

1. **Teológico.**

El pensamiento teológico se inspira en un método que incluye la adhesión a la autoridad magistral de Cristo, el deseo de conocer el contenido de la de, el sentido del misterio, la convicción de la originalidad cristiana, o sea, del *depositum fidei* que hay que conservar y, si llega el caso, defender. La autoridad de Cristo se manifiesta en la Escritura, que es el alma de la teología, en la tradición apostólica si es universal y antigua; y en la Iglesia que fija el canon de las Escrituras, transmite la Tradición y las interpreta a ambas. Guiado por este método San Agustín, profundiza la comprensión de los misterios cristianos determinando un gran proceso dogmático.[[2]](#footnote-2)

1. **Espiritual.**

Agustín influyó en la vida cristiana no menos que en la teología. Lo ha hecho de manera profunda y continua defendiendo sus fundamentos (teología de la gracia), desarrollando su contenido, mostrando sus relaciones con los misterios cristianos, describiendo su meta Su contenido puede resumirse en los siguientes temas: vocación universal a ala santidad; la caridad, alma, centro y medida de la perfección; la humildad, condición indispensable para desarrollar la caridad; la purificación o el ascetismo, ley de las ascensiones interiores; la oración, deber y necesidad, medio y fin de la vida espiritual; los dones del Espíritu Santo; la imitación de Cristo; amor y meditación de la Escritura.

Describe además los grados de la vida espiritual que corresponden a los de la caridad y a los dones del espíritu Santo. Y describe finalmente, como un gran místico, la naturaleza de la contemplación, sin olvidar las relaciones entre ésa y la vida pastoral, que supone un equilibrio entre la *caritas veritatis y la necessitas cariitats.* En este equilibrio radica uno de los mayores méritos de la espiritualidad agustiniana.[[3]](#footnote-3)

LA CATEQUESIS EN SAN AGUSTÍN

 San Agustín fue el Obispo Catequista por antonomasia porque su largo episcopado fue una continua exposición y una aguerrida defensa del Credo Católico.[[4]](#footnote-4)

 Las catequesis en San Agustín son un modelo de claridad. Cuando juzga conveniente prescinde del estilo para alcanzar el fin propuesto de iluminar las almas. Lo importante para él es hacer conocer y amar a Dios y conseguir que los hombres se hagan más buenos. Para alcanzarlo, escribe grandes obras de teología y de filosofía, como dedica muchas horas a la sencillas catequesis para que los más humildes puedan también encontrara a Dios.

 La tarea catequística de San Agustín no fue fácil, ya que había bastante rudeza en sus oyentes y muchos resabios de un paganismo superficialmente superado, pero él nunca se daba por cansado cuando estaban en juego la fe y la salvación de los hombres.

A- ALGUNOS PRINCIPIOS DE LA CATEQUESIS DE SAN AGUSTÍN

La prueba primordial a que debe ser sometido el que desea ser cristiano, consiste en comprobar la absoluta libertad con que procede. Es un principio agustiniano: “No puede creer sino el que quiere”. Se trata de una libertad fundada en la razón porque “es deshonroso creer a alguien sin razón”, afirma San Agustín.

Se debe averiguar cuales son las causas reales que mueven ala alumno a solicitar su admisión en la Iglesia con objeto de evitar la violencia externa y toda coacción interna como la proveniente del temor o de la superstición.

Una vez asegurada la libertad, tanto interna como externa, es necesario conocer al oyente a fin de conseguir su atención y adhesión a la doctrina cristiana. Por esto es fundamental la adaptación del maestro al alumno y a sus circunstancias ambientales. Para hacerse entender son necesarias dos condiciones que debe tener toda catequesis: la caridad y la alegría.

En toda docencia es necesaria la persuasión, pero el camino más corto para alcanzar esa persuasión es el afecto.

1. **CONTENIDOS DE LA CATEQUESIS AGUSTINIANA.**

Alrededor del año 400 San Agustín escribió el tratado catequístico más completo y original de toda la antigüedad cristiana. De catecbizandis rudibus.

El diácono planteaba tres cuestiones fundamentales

1. ¿Qué verdades tenía que exponer?
2. ¿cómo había que transmitir los principios de la conducta cristiana?
3. ¿qué método emplear para no aburrir a los oyentes?

Las dos primeras cuestiones se refieren claramente a los contenidos de la catequesis .La tercera des de índole pedagógica.

.

San Agustín responde a estas preguntas de dos maneras. Primero con un tratado teórico en el que se absorban sucesivamente las tres cuestiones planteadas.

El pequeño tratado constituye una síntesis apretada del pensamiento de san Agustín en uno de los momentos más fecundos de su vida.

La configuración y contenidos de las dos grandes partes en que se divide San Agustín esta catequesis de iniciación: la narratio o introducción y la exhortación moral.

**LA INTRODUCCIÓN.**

La narratio constituye la parte instructiva del proceso caterético y esta destinada a formar la inteligencia del oyente.

**Contenidos:**

El diácono Deogracias le había preguntado “ como ha de comenzar y terminar la exposición. Según el obispo de Hipona, no se trata evidentemente de repetir el contenido completo de la escritura; ni el tiempo lo permite ni hay necesidad de ello. Además así solo lograría fatigar al oyente y confundir su memoria.

### LA EXHORTACIÓN

**Conceptos:**

Deogracias había preguntado también “ si terminada, la narración, debes añadir alguna exhortación o más bien los preceptos, mediante la observancia de los cuales el oyente debe aprender a mantenerse cristiano de profesión y en la realidad.”

San Agustín le dará una gran lección teórica y práctico. En contraste con la poca importancia que el diácono parece dar a la parte exhortativa del discurso, el obispo le demostrar que no basta con enseñar fríamente los mandamientos.

Se le debe recordar de modo breve y conveniente los preceptos de l convivencia y social.

La catequesis perfecta deberá- constar, según el santo de dos partes: una más teórica, la narratio y otra más orientada a la conducta la exhortatio,

**La conducta cristiana.**

El gran pedagogo que es Agustín no expone ante el catecúmeno una ética abstracta, cargándole la memoria con una lista de mandamientos.

Ejerce su magisterio moral juzgado y criticado las costumbres del ambienten que vive. La lección gana así su interés y una fuerza extraordinarios. No se había de virtudes y defectos sino de hombres con conducta buena o mala, eso hombres que uno se encuentra todos lo días y que influyen sobre nosotros con su buen o mal ejemplo.

A la hora de querer resumir las enseñanzas morales de San Agustín a los catecúmenos.

***“ Imita pues a los buenos, tolera a los malos, ámalos a todos; porque no sabes a ello, para que busquen la justicia. Porque no solamente se nos mandan al amor de Dios, sino también el amor al prójimo. En estoy dos mandamientos se mantiene toda la ley y los profetas.***

 **El fin, que pretende el catequista, es inculcar la caridad y una vida teologal: “Teniendo presente que la caridad debe ser el fin de todo cuanto expliques de modo que la persona a la que te diriges, al escucharte crea ,creyendo espere y esperando ame”.**  El fin que persigue el que estudia la sagrada Escritura es , igualmente, la vida teologal, de tal forma que si ya está afianzado en ella, no le hace falta la sagrada Escritura; pero si no es así, debe dedicarse a su estudio: “Todo el que conozca que el fin de la Ley es la caridad que procede de un corazón puro, de una conciencia buena y de una fe no fingida, refiriéndose todo el conocimiento de la divina Escritura a estas cosas, dedíquese con confianza a exponer los libros divinos”

 San Agustín en *DCR* ofrece al diácono Deogracias dos ejemplos prácticos, uno extenso y otro breve, de cómo realizar una catequesis narrativa, no para que los repita, sino para que vea cómo se hace. En *DDC,* Agustín da las normas para comprender y exponer la sagrada Escritura. No pone un ejemplo de narración , sino que da las normas que capacitan para componerla.

 Descubrimos que la enseñanza que se contempla en  *DCR* es introductoria , de acogida a los que muestran algún interés por el cristianismo: “Igualmente sucede algunas veces que el dolor por algún escándalo nos oprime el alma y, en aquella situación, alguien nos dice: “Ven a hablar con éste, pues quiere hacerse cristiano”. Nos está indicando que, a veces, son encuentros individualizados de un primer contacto. Veamos otro texto que menciona unos pequeños grupos: “Ciertamente, si nuestro discurso va a ser breve y el lugar de la reunión no lo permite, escuchen de pie, pero esto cuando son muchos los oyentes y no de los que deben ser iniciados. Pues si son uno o dos o unos pocos, que han venido precisamente a hacerse cristianos, es peligroso hablarles mientras están de pie”.

 Estos pequeños grupos están compuestos por personas que quieren hacerse cristianos, y acuden para ser iniciados. Los destinatarios son paganos. Podemos deducir que *DCR* va dirigido a un primer contacto, una acogida, para ver las intenciones del que pide ser iniciado en la fe y, después, instruirle brevemente: “ Si te parece demasiado largo el discurso con que te he instruido, como si estuviera presente un hombre ignorante, puedes hacerlo más breve; pero no me parece que debas hacerlo más extenso”. San Agustín no pudo pensar que, con un discurso de esta brevedad, el aspirante estaba formado. Simplemente era una preparación para otras etapas propiamente catequéticas.

LA PEDAGOGÍA CATEQUÍSTICA EN SAN AGUSTÍN

 **1. PLANTEO DE LAS FUENTES DE TRISTEZA**

Frente al pedido de su discípulo, Agustín podría haber respondido con algunos consejos rápidos pero tiene conciencia de que el tema es muy importante: se trata de la transmisión de la fe, y sabe que la preocupación de Deogracias es compartida por muchos otros.

 Parte de la sensación de fracaso que sufre Deogracias y analiza las diversas causas posibles junto al modo de remediarlas. Por eso, su pedagogía no es sólo bíblica sino que también profundiza en lo sicológico y humano para delinear una verdadera espiritualidad del catequista.

*“Me has escrito, hermano Deogracias, que te escribiera algo que pueda serte útil sobre el modo de catequizar. Tú experimentas casi siempre dificultad en encontrar el método a propósito para presentar la doctrina. Tú dices que durante las largas y enervantes reuniones te sucede, y de ello te lamentas, de sentirte humillado frente a ti mismo y de estar disgustado de ti, muy lejos por lo tanto de instruir a tus oyentes y a los demás que te escuchan. Sólo te he oído quejar de una sola cosa: que tus palabras te parecen monótonas y mediocres, cuando inicias a alguien en la fe cristiana. Ahora bien, estoy seguro de que esto no depende de los temas que tratas, para los que bien se que estás preparado, ni de la pobre calidad de tu lenguaje, sino del disgusto de tu espíritu”.* [[5]](#footnote-5)

El texto anterior nos muestra que frente a la situación de Deogracias, Agustín, no pone en dudas ni su competencia, ni su capacidad de hablar. Lo que sí va a cuestionar es el fastidio que por diversas razones se apodera del catequista y convierte en algo aburrido y triste lo que debería ser transmitido con alegría. Se explaya después en una serie de consejos pedagógicos a fin de que la catequesis esté siempre inmersa en un clima de gozo, *hilaritas*, procurando encontrar las condiciones mejores para amoldarse a los diversos oyentes eventuales.

Toma en cuenta seis situaciones posibles en que un catequista se puede hallar y para cada una de ellas propone un remedio pedagógico y espiritual.

##### Causas externas

 Advierte que en algunos casos el auditorio no comprende sus palabras y enseña que

es siempre oportuno adaptarse al tipo de oyente que está delante de uno, habida cuenta del sexo, del número de las personas y de su origen social y cultural. Dice que esta es la ocasión para el catequista de configurarse a la Encarnación del Señor, que se puso totalmente a nuestro alcance. Esta "bajada" o explicación debe ser inspirada en el amor a la tarea catequística para que no resulte tan difícil y cansadora.

*"Ciertamente, el espíritu encuentra atractivo allá en lo más oculto de su ser; pero también lo encuentra en lograr los modos de actuar la caridad. Por lo demás, cuanto más obliga la caridad a descender a los hechos más bajos, mayor vigor adquiere para encontrar el gozo íntimo. Aquí radica el efecto de una conciencia recta que no pide a aquellos a quienes se abaja más que su salvación eterna”.*[[6]](#footnote-6)

En otras situaciones el catequista puede mostrarse reticente en expresarse abiertamente por temor de ofender o enfrentar a la asamblea, puede ser que algunas veces las expresiones del catequista "choquen", alteren al oyente por haber sido expuestas con torpeza y si se advierte el estar equivocado, se debe soportar la corrección de los demás; pero en otras ocasiones será la misma verdad la que "chocará" al oyente, ya que puede resultar "dura" y desconcertante.

*"Si meditamos las palabras del Señor temeremos menos que los resultados de nuestro discurso sean inciertos, dadas las impresiones inciertas de nuestros oyentes. Porque una obra es verdaderamente buena, cuando la voluntad del que actúa es impulsada por la caridad y vuelve a ella como a un hogar, descansando en ella”.*[[7]](#footnote-7)

 En tercer lugar, puede ser desagradable tener que insistir en nociones muy conocidas. También en este caso, Agustín, apela al amor, porque es el que transforma en alegría lo que a primera vista parece enojoso.

"*Cuando formemos todos una unidad con el corazón (de los que nos escuchan), las nociones conocidas nos resultarán nuevas. Tan grande es el poder de la simpatía, que cuando nuestros oyentes quedan impresionados por nosotros que les hablamos, y nosotros por ellos que nos escuchan, habitamos los unos en los otros, Por consiguiente, ellos dicen en nosotros lo que escuchan y nosotros aprendemos en ellos de alguna manera lo que les enseñamos”.* [[8]](#footnote-8)

De esta comunión nace la alegría indispensable en toda verdadera comunicación y que crece cuando se toma conciencia de que sirve a los hombres que buscan a Dios sin saber donde hallarlo.

La cuarta dificultad puede presentarse cuando el auditorio no reacciona y no manifiesta ni aprobación ni desaprobación. Tal vez el oyente no reacciona, porque está sencillamente cansado y pueden existir varias razones de fatiga. Cuando notamos que el oyente pierde su atención, debemos cambiar de tono y tal vez también de tema y poner alegría en lo que decimos. Si nos parece que el oyente tiene distracciones vale más hablarle brevemente de aquello que lo distrae, entonces sus distracciones desaparecerán.

En esta circunstancia Agustín aconseja descubrir primero cuál es el pensamiento real del que escucha. Es preciso plantearle preguntas para saber qué es lo que ha entendido de lo que se ha dicho. Hay que dejar bien en claro que si existen dificultades puede manifestarlas con libertad. Insiste también en que tenemos que hablar un lenguaje lleno de dulzura y si, a pesar de esto, nuestro catecúmeno permanece insensible habrá que darle un breve resumen de los puntos esenciales de la fe, pero sin insistir demasiado, porque puede ser que no esté en condiciones verdaderas de receptividad. Si aparece el cansancio aceleremos el curso de la exposición, prometamos un final próximo y mantengamos esta palabra.[[9]](#footnote-9)

#####  Causas internas

Las dos últimas fuentes de tristeza en el catequista pueden estar en las disposiciones en que él mismo se encuentra. La primera surge cuando el catequista se ve obligado a abandonar una tarea que, él tiene por más importante, para recibir a un catecúmeno.

*"Estás enojado y catequizas sin ilusión, debido a tu tristeza. Es verdad que entre las diversas ocupaciones que se nos presentan debemos elegir aquella en que más se ejercita la caridad, pero debemos confesar que no sabemos exactamente qué trabajo es más útil de realizar, ni cuál es el más oportuno interrumpir o abandonar completamente”.* [[10]](#footnote-10)

La última situación que puede provocar tristeza es una gran turbación interior y esto puede suceder a causa de un hecho grave ajeno a nosotros o a causa de un error o de un pecado personal. Si la causa de nuestra tristeza es el pecado de otro tratemos de advertirlo y ayudarlo. Si es nuestro propio pecado acordémonos de la misericordia de Dios y aprovechemos esta ocasión que se nos ofrece de cubrir nuestro pecado con la caridad.[[11]](#footnote-11)

**2. LA ALEGRíA EN LA ESPIRITUALIDAD DEL CATEQUISTA**

 Como se advierte, Agustín, siempre propone la caridad como remedio a todas las formas de tristeza que debe afrontar el catequista. Sus soluciones son siempre teológicas y espirituales e invitan al ejercicio de las virtudes dentro de una situación existencial. Es por esto que el ministerio de la catequesis es un llamado, una invitación a ser instrumento para mostrar al catequizando el amor de Dios; esto exige desinterés y consagración.

En el Tratado, el autor asegura que la caridad transforma al catequista estimulándolo a vencer toda dificultad y que de la libertad y la caridad surge la alegría que no debe faltar jamás y a la cual da una importancia primordial para asegurar el éxito de la tarea:

 *“No cabe duda que seremos oídos más gratamente si también nosotros nos gozamos en nuestra labor. Porque el hilo de nuestras palabras vibra en nuestro gozo, y observamos que brotan más espontáneamente y son recibidas con más aceptación”.*[[12]](#footnote-12)

Para Agustín toda la metodología gira en función de la alegría y para lograrla se debe vivir una espiritualidad que brota del llamado a vivir la santidad con una mayor exigencia. Esta se expresa en algunas actitudes determinantes que son: apertura a la Palabra, pertenencia filial a la Iglesia y fidelidad a su tiempo.[[13]](#footnote-13) Estas actitudes hemos podido descubrirlas claramente, a través de lo desarrollado en los capítulos anteriores, en la vida de San Agustín y es desde su experiencia concreta que él da respuesta a Deogracias.

El ministerio del catequista está esencialmente unido a la comunicación de la Palabra que da sentido a su vida es por eso que “la primera actitud espiritual del catequista está relacionada con la Palabra contenida en la Revelación, predicada por la Iglesia, celebrada en la liturgia y vivida especialmente por los santos”.[[14]](#footnote-14)

La Palabra le ha sido confiada a la Iglesia para que la conserve fielmente y la proclame a todos los hombres. El catequista debe tener un sentido profundo de pertenencia eclesial que se manifiesta en el amor filial a la Iglesia, en la consagración a su servicio y la unidad con sus pastores; es por eso que el servicio del catequista no es un acto individual o aislado, sino profundamente eclesial.

La tarea del catequista compromete toda su persona, ya que antes de anunciar la Palabra debe vivirla con coherencia y autenticidad. Esta se expresa a través de la oración y la experiencia de Dios; pero esta experiencia no lleva al catequista a aislarse, por comodidad o temor, sino a ser fiel a su realidad social y familiar para impregnarlas de los valores del Evangelio siendo artífice de paz, idóneo en el compromiso de la promoción, del desarrollo y de la animación socio-cultural.[[15]](#footnote-15) El sentido de apertura al mundo caracteriza la espiritualidad del catequista en virtud de la caridad apostólica que lo hace sembrador de la alegría y de la esperanza pascual, que son dones del Espíritu ya que “el don más precioso que la Iglesia puede ofrecer al mundo de hoy, desorientado e inquieto, es el de formar cristianos firmes en lo esencial y humildemente felices en su fe

1. A. Trapé. Diccionario Patrístico y de la antigüedad cristiana. Pág. 53 Ed. Sígueme. España 1991. [↑](#footnote-ref-1)
2. A. Trapé. Diccionario Patrístico y de la antigüedad cristiana. Pág. 58ss. Ed. Sígueme. España 1991 [↑](#footnote-ref-2)
3. A. Trapé. Diccionario Patrístico y de la antigüedad cristiana. Pág. 60-61 Ed. Sígueme. España 1991 [↑](#footnote-ref-3)
4. Giovanni Papini. San agustín. Pag. 161 Trad. Castellana de Ed. Tor. Bs.As. [↑](#footnote-ref-4)
5. San Agustín, *De Catechizandis Rudibus* 14*.* [↑](#footnote-ref-5)
6. Ib. 15. [↑](#footnote-ref-6)
7. Ib. 16. [↑](#footnote-ref-7)
8. Ib. 17. [↑](#footnote-ref-8)
9. Cf. Ib. 19. [↑](#footnote-ref-9)
10. Ib. 20. [↑](#footnote-ref-10)
11. Cf. Ib. 21. [↑](#footnote-ref-11)
12. Ib. 4. [↑](#footnote-ref-12)
13. Cf. GCM 6. [↑](#footnote-ref-13)
14. Ib. [↑](#footnote-ref-14)
15. Cf. Ib. 21. [↑](#footnote-ref-15)